

Predicar estas doctrinas tan puras, tan santas y tan sublimes respecto al matrimonio, fué, de parte de los Apóstoles y de sus sucesores, condenar el divorcio, la poligamia, la prostitucion y la licencia, que formaban los elementos constitutivos del matrimonio pagano, y la horrible legislacion de la esclavitud y de la degradacion de la mujer. Fué mudar todas las ideas, todas las leyes, todas las costumbres que el paganismo, de acuerdo con la filosofia, habia hecho prevalecer en la familia y en el Estado, en perjuicio de la mujer; sustituyendo otras ideas, otras leyes y otras costumbres absolutamente contrarias, en beneficio de la misma mujer.

Segun esta admirable legislacion de los Apóstoles, tan nueva en la época en que apareció en el mundo, por la enseñanza del Cristianismo, á pesar de que el matrimonio está considerado como un estado inferior á la virginidad, estado sublime y perfecto, que hace á la mujer objeto de la veneracion universal, no por eso deja de ser un estado santo, supuesto que es union formada por la mano del mismo Dios; no por eso deja de ser un estado puro, cuyo vínculo es un amor sobrenatural, semejante, como lo dice el mismo apóstol San Pablo, al amor de Jesucristo á la Iglesia y al amor de la Iglesia á Jesucristo; no por eso deja de ser un estado moral, en cuanto que es remedio contra un libertinaje degradante y culpable, no por eso deja de ser un estado de paz, supuesto que los esposos cristianos deben tolerarse mutuamente, y perdonarse el uno al otro todos sus defectos y todas sus flaquezas; no por eso deja de ser un estado de igualdad de derechos, por el mutuo dominio que se trasferen los esposos de sus personas; no por eso deja de ser un estado de libertad, supuesto que cada uno de los esposos puede contraer nuevas nupcias despues de muerto su consorte; finalmente, no deja de ser un estado de felicidad, por el afecto mutuo que deben profesarse, y segun el que deben vivir el uno para el otro; y ved aquí, por todo esto, arrojado el sensualismo del derecho nupcial, asegurada la vida de los hijos, establecida la unidad y la indisolubilidad del matrimonio, quebrantado el despotismo del marido, la esposa hecha *persona* y señora de la familia, gozando de toda la libertad y de toda la dignidad á que tiene derecho segun la institucion primitiva del matrimonio, y completamente rehabilitada la mujer; porque tan pronto como el Cristianismo se estableció en el mundo, esta misma legislacion pasó del Evangelio

y de las cartas de los Apóstoles, primero á los códigos de Constantino y de Justiniano, y despues á los de todos los monarcas cristianos; y siendo ántes una legislacion religiosa, se hizo la legislacion civil de todos los estados que profesan la religion de Jesucristo.

Así fué como el Cristianismo con sus doctrinas rehabilitó completamente á la mujer. Mas el dogma de la Encarnacion, y de la maternidad divina de María, no contribuyó poco á este precioso resultado, como lo vamos á ver.

§ XV.—Segundo medio por el que el Cristianismo ha rehabilitado á la mujer, el dogma de la Encarnacion y de la maternidad divina de María.—Grandezas de María, segun las creencias cristianas y el lenguaje de la Iglesia.—La culpa de Eva reparada y borrada por María.—La mujer elevada en Ella y por Ella.—La influencia de estos misterios en favor de la mujer se deja conocer áun entre los mismos mahometanos.

¿Qué ministerio ejerció la mujer en el misterio de la Encarnacion? La Iglesia nos lo enseña por la manera con que habla de María, en cuanto que María es Virgen y Madre del Dios hecho Hombre; manera de hablar cuyo elevado pensamiento teológico es realizado por la más brillante, por la más deliciosa poesia. « Aquel, dice ella, á quien la tierra, el mar y los astros predicán, honran y adoran; Aquel que gobierna la triple máquina del universo, se encierra en el seno de María (1). Y las entrañas de una Joven inundada por la gracia del cielo llevan á Aquel á quien la luna, el sol y todas las criaturas sirven en todo tiempo (2). ¡Oh Madre afortunada, por cuyo consentimiento el Artífice celestial, que tiene el mundo en su mano, se encerró en el arca de su vientre! (3). ¡Oh

- (1) « Quem terra, pontus, sidera,
Colunt, adorant, prædicant
Trinam regentem machinam
Clastrum Mariæ bajulat. »
- (2) « Cui luna, sol et omnia
Deserviunt per tempora,
Perfusa coeli gratia
Gestant puellæ viscera. »
- (3) « Beata Mater munere,
Cujus supernus Artifex,
Mundum pugillo continens,
Ventris sub arca clausus est! »

Mujer, dichosa por el mensaje del cielo, fecunda por la virtud del Espíritu Santo, de cuyo seno salió el Deseado de las gentes! (1). ¡Oh Virgen gloriosa entre todas las vírgenes, sublime entre todos los astros, que alimentasteis con vuestra leche á Aquel que os crió, cuando se hizo Párvulo! (2). ¡Oh María, Vos nos restituis, por vuestro adorable Hijo, todo lo que nos habia quitado la desventurada Eva! ¡Vos abris las puertas del cielo, para que puedan entrar en él los desterrados de este mundo! (3). Vos sois el camino para ir al más elevado de los reyes; Vos sois el palacio Real, resplandeciente de luz. ¡Oh naciones que habeis sido redimidas, celebrad la vida que os ha sido dada por la Virgen!» (4).

En consideracion á la parte que María tomó en el misterio de la Encarnacion, la Iglesia habla á Dios de este modo: «¡Oh Dios, que por medio del anuncio de un ángel quisisteis que vuestro Verbo tomase un cuerpo humano del seno de la bienaventurada Virgen María, os rogamos nos concedais que seamos ayudados en vuestra presencia, por la intercesion de esta misma Virgen, por quien hemos tenido la suerte de recibir al Autor de la vida, nuestro Señor Jesucristo, vuestro Hijo!» (5). Otras veces, dirigiéndose á Dios, le habla en estos términos: «¡Oh Dios sempiterno y omnipotente, que, con la cooperacion del Espíritu Santo, preparasteis el alma y

- (1) «Beata cœli nuntio,
Fecunda Sancto Spiritu,
Desideratus gentium,
Cujus per alvum fusus est!»
- (2) «Oh gloriosa Virginum,
Sublimis inter sidera,
Qui te creavit parvulum
Lactente nutris ubere!»
- (3) «Quod Eva tristis abstulit
Tu reddis, almo Germine,
Intrent ut astra flebiles,
Cœli recludis cardines!»
- (4) «Tu regis alti janua,
Et aula lucis fulgida.
Vitam datam per Virginem
Gentes redemptæ plaudite!»

(5) «Deus, qui de beatæ Mariæ virginis utero Verbum tuum, angelo nuntiante, carnem suscipere voluisti; præsta, supplicibus tuis, ut ejus apud te intercessionibus adjuvemur, per quam mernimus Auctorem vitæ suscipere, Dominum nostrum, Jesum Christum filium tuum.»

el cuerpo de la gloriosa Virgen y Madre María, para que mereciese ser un tabernáculo digno de vuestro Hijo, concedednos, por la piadosa intercesion de esta misma Virgen, cuya conmemoracion nos llena de gozo, que nos libremos de los males que nos amenazan, y de la muerte eterna!» (1).

Treinta veces al año, en todo el oficio del dia, dice á María la Iglesia: «¡Oh María, Virgen sagrada, Vos sois dichosa y muy digna de toda alabanza, porque de vuestro seno nació el verdadero Sol de Justicia, Jesucristo, nuestro Dios, que borrando la maldicion, nos trajo la bendicion, y confundiendo la muerte, nos dió la vida eterna! Ea pues, orad por el pueblo, pedid por el clero, interceded por las mujeres que se han dedicado á Dios, y haced que todos los que celebran vuestras grandezas experimenten los efectos de vuestra proteccion!» (2). Y despues añade la Iglesia: «Santa Madre de Dios, nosotros nos acogemos bajo vuestra proteccion. No despreciéis las súplicas que os dirigimos en nuestras necesidades; sino, por el contrario, Virgen gloriosa y bendita, libradnos siempre de todos los peligros» (3).

Por espacio de cinco meses al año, al fin de todas las horas canónicas, repite la Iglesia esta afectuosa súplica á María: «Nosotros os saludamos, oh Reina, Madre de misericordia; nosotros os saludamos, porque sois nuestra vida, nuestra dulzura y nuestra esperanza. En este valle de lágrimas, nosotros, los desterrados hijos de Eva, no podemos hacer otra cosa que suspirar y clamar á Vos, llorando y gimiendo. ¡Oh María, nuestra protectora ante Dios, apresuraos á volver hácia nosotros vuestras misericordiosas miradas!

(1) «Omnipotens, sempiternus Deus, qui gloriosæ Virginis et Matris Mariæ corpus et animam, ut dignum Filii tui habitaculum effeci mereretur, Spiritu Sancto cooperante præparasti; da, ut, cujus commemoratione lætamur, ejus pia intercessione ab instantibus malis et à morte perpetua liberemur.»

(2) «Felix nãmque es, sacra Virgo Maria, et omni laude dignissima, quia ex te ortus est Sol Justitiæ, Christus, Deus noster; qui solvens maledictionem, dedit benedictionem, et confundens mortem, donavit nobis vitam sempiternam. Ora pro populo, interveni pro clero, intercede pro devoto femineo sexu; sentiant omnes tuum juvamen, quicumque celebrant tuam sanctam commemorationem.»

(3) «Sub tuum præsidium confugimus, Sancta Dei Genitrix. Nostras deprecationes ne despicias in necessitatibus nostris. Sed à periculis cunctis libera nos semper, Virgo gloriosa et benedicta!»

¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María, mostradnos y dadnos, despues de este destierro, á Jesus, fruto bendito de vuestro seno!»

En las letanias de la Virgen para uso de los fieles que quieren cantar sus privilegios y sus glorias, implorando su proteccion, la Iglesia les ha enseñado á llamarla: «Santa María, — Santa Madre de Dios, — Santa Virgen de las vírgenes, — Madre de Jesucristo, — Madre de la divina gracia, — Madre del Criador, — Madre del Salvador, — Virgen prudentísima, — Virgen digna de toda veneracion, — Virgen digna de ser siempre celebrada, — Virgen poderosa, — Virgen clemente, — Virgen fiel, — Espejo de la justicia, — Silla de la sabiduría, — Causa de nuestra alegría, — Vaso espiritual, — Vaso honorable, — Vaso insigne de la devocion, — Rosa mística, — Torre de David, — Torre de marfil, — Casa dorada, — Arca de la alianza, — Puerta del cielo, — Estrella de la mañana, — Salud de los enfermos, — Refugio de los pecadores, — Consoladora de los afligidos, — Reina de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles, de los mártires, de los confesores, de las vírgenes y de todos los santos.»

Finalmente, la Iglesia ha puesto en la boca, y más aún en el corazón, de sus hijos, para que la repitan todos los días, y muchas veces al día, esta sublime y tierna oracion á María, que, estando compuesta de los más bellos pasajes del Evangelio que se refieren á Ella, resume en pocas palabras todas sus grandezas, todos los sentimientos con que debemos tributarle culto, y todos los bienes que podemos esperar de Ella: «Yo te saludo, María, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesus. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.»

Segun este magnífico y piadoso lenguaje de la Iglesia respecto á María, Madre del Dios hecho Hombre, el misterio de la Encarnacion presenta siempre al espíritu de los cristianos una Mujer hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo y Esposa de Dios Espíritu Santo, una Mujer Virgen y Madre al mismo tiempo, llena de la gracia y de la virtud de Dios, y unida y asociada á Dios de la manera más íntima, más noble y más perfecta; una Mujer Madre del Criador, y por lo mismo elevada sobre todos los ángeles, sobre todos los

santos y sobre todos seres criados; que no conoce nada superior á Ella, sino el Dios que la crió, y elevada al más alto grado de grandeza á que puede llegar una pura criatura; una Mujer que es la dominadora de Satanás, la triunfadora del pecado, la alegría del cielo, las delicias de la tierra, el terror del infierno y la Reina del universo; una Mujer que es la Madre del buen socorro, la mediadora del perdon; y despues de Jesucristo, que es la fuente, Ella es el canal de toda gracia, de toda esperanza, de todo mérito y de todo consuelo. En una palabra, el misterio de la Encarnacion nos habla siempre de una Mujer á quien el Hijo de Dios se asoció para redimir al mundo, para salvar al mundo, y de la salvacion del mundo, que el mismo Hijo de Dios obró por el consentimiento, la virtud y la cooperacion de una Mujer.

En este supuesto, la grandeza única, tan admirable, tan incalculable y tan incomprendible, que el misterio de la Encarnacion revela en María, recae sobre la mujer. En la economía del misterio de la Encarnacion, *la vida* salió del mismo sexo que habia introducido la muerte; el sexo que, en la primera mujer, concibiendo el pecado en su corazón, habia causado la ruina del mundo, se hizo la salvacion del mundo en la *Mujer por excelencia*, en la Mujer perfecta, que concibió en su seno virginal la gracia y la santidad. El sexo que Eva habia sometido de una manera especial á la serpiente, fué convertido por María en vencedor de la serpiente, y reparó y borró en la Persona de María todo el mal que habia causado á la humanidad en la persona de Eva. El sexo tan humillado por Eva se encuentra exaltado por María sobre toda ponderacion. *La Bendita entre todas las mujeres* es su honor y su gloria. Era, pues, imposible que la mujer continuase siendo mirada como un sér impuro y maléfico en los pueblos que creen en el misterio de la Encarnacion, es decir, en el misterio del Dios-Salvador, concebido por una Mujer y nacido de una Mujer. Era imposible que el misterio de la Mujer Madre de Dios no reflejase alguna parte de su magnificencia y de su esplendor sobre la mujer madre del hombre, sobre la mujer en general, y le conciliase el respeto y la veneracion de los pueblos que creen en Jesucristo. Y en efecto, nosotros vemos que donde quiera que la creencia en el misterio de la Encarnacion ha establecido el culto de María, la mujer tiene, á los ojos del hombre, algo de misterioso, de grande y de delicado, que la re-

comienda á la estimacion y á la consideracion de todo el mundo.

Oigamos sobre este particular al grave y piadoso autor citado por nosotros muchas veces, que expone la influencia que los misterios de la vida de María han ejercido sobre el espíritu de los pueblos en favor de las mujeres: «Por el género humano, dice Gaume, da María á su Hijo, y con toda verdad puede Ella decir: Mi carne es inmolada, y mi sangre corre en el Calvario. Y María es asociada de la manera más íntima y más dolorosa á la redencion del hombre: ¡ gloria sublime que con solo Dios, excluyendo aún á los mismos ángeles, divide María y comunica á su sexo!

» Y al ver el hombre que Dios honra á la Mujer hasta tal punto, al ver que la Mujer, á costa de inefables dolores, se hace el instrumento de su salvacion, comprende la dignidad de la Mujer, y penetra su corazón un gran respeto y un profundo reconocimiento á la Mujer. Y al recordar los ultrajes y los desprecios de que habia llenado á la Mujer, se da golpes de pecho como el Centurion, y llora amargamente como Pedro.

» Para que la mujer fuese respetada en cualquier edad ó condicion en que se hallase, quiso Dios que María, la bienhechora del hombre, el tipo de la mujer regenerada, consagrarse todas las edades y todas las condiciones de su sexo. Porque, en efecto, María fué á un mismo tiempo Hija de reyes y Mujer del pueblo, que ganaba el pan de cada dia con el trabajo de sus manos; Ella fué Virgen y Madre, Esposa y Viuda, inocente y penitente; y despues de haber rescatado su sexo á costa de los más crueles dolores, despues de haberlo rehabilitado por medio de todas las virtudes, despues de haberlo salvado haciéndolo instrumento de la salvacion universal, dijo María al hombre: « ¡ Todo cuanto hicieres á la última de estas pequeñitas, que son mis hijas, sabes que es á Mí á quien lo haces. Sabe que si las ultrajas, me ofendes en las pupilas de mis ojos, á Mí que soy tu Madre y la Madre del Señor del trueno! » ¡ Oh hombre! ¿ Te atreverás ahora á despreciar, á humillar á la mujer, que se ha hecho en María la Madre de tu Dios y la amable Mediadora de tu ventura y de tu gloria?

» Y la misma mujer, al verse en tanta altura, habiendo estado hasta entónces tan humillada, volvió á conocer su dignidad y comprendió su vocacion. Desde entónces todos sus cuidados, todo su estudio fué el de procurar acercarse á su tipo celestial; ella conoció

que María era su Protectora, y se refugió con confianza bajo las alas de María; ella rodeó sus altares, y la amó como el niño ama á su madre. Y la amable simplicidad de los primeros años, y el pudor de la virgen, y la casta dulzura de la esposa, y el poderoso amor de la madre, y la activa humildad de la viuda, y el celo, en fin, con sus innumerables industrias, se hicieron su vida, la vida de su vida, sus ocupaciones del dia y sus pensamientos de la noche. Y la mujer, así reformada por el modelo de María, volvió á ser lo que habia sido, lo que debiera haber sido siempre segun la intencion del Criador: *la ayuda, la compañera, el ángel del hombre.*» (Gaume, II p., c. I.)

Esta poderosa influencia de los misterios cristianos en favor de la mujer se hace sentir aún fuera del Cristianismo. En los pueblos que siguen el islamismo, por ejemplo, lo mismo que en todos los pueblos infieles, la suerte de las mujeres es ciertamente deplorable. Las casas de los musulmanes no son otra cosa que verdaderas prisiones, en las que unos celos brutales tienen á la mujer perpetuamente aislada del resto del mundo, y donde ningun hombre puede impunemente poner sus piés, ni aún sus miradas. El dueño de la casa recibe á sus amigos y trata sus negocios en una habitacion que da á la calle y que está junto á la *puerta* (1), y ningun hombre, aunque sea pariente, penetra jamas en el interior de la casa. La facultad que tiene todo musulman de desposarse con tantas mujeres como pueda mantener, convierte al marido en señor, á todas sus mujeres en esclavas de sus caprichos, y el matrimonio en un infierno, cuyas víctimas son perpetuamente devoradas por el gusano roedor de los celos y de la desesperacion. Finalmente, el derecho de vida y muerte que la ley da al marido respecto á sus mujeres, hace de él un verdadero tirano, ante quien las desventuradas no pueden ménos de temblar. Sin embargo, no deja de ser cierto que la mujer musulmana conserva algo de su personalidad humana; el Coran le reconoce ciertos derechos como esposa y como madre, que todo buen musulman respeta. Á excepcion de las mujeres de la familia Imperial, á quienes una costumbre bárbara,

(1) Esto es lo que ha dado lugar al nombre de la *Puerta* con que se nombra la sala de los Consejos, y aún el Gobierno mismo del Sultan, que sólo trata los negocios del Estado á la entrada del serrallo ó á la *puerta*.

fundada en razones de Estado, condena á verse arrancar sus hijos para darles muerte, muchas veces en su presencia (1); la mujer musulmana, al hacerse madre, no se ve privada totalmente de los derechos y de las dulzuras de la maternidad.

Mas esta suavidad que el islamismo ha introducido en las relaciones entre el hombre y la mujer, sólo se debe al Cristianismo. El mahometismo, segun observa Leibnitz, no es otra cosa en el fondo que una secta cristiana nacida del arrianismo, en la que el Salvador, segun las instrucciones del mismo Mahoma, es considerado como *el representante de la bondad divina en la tierra, que ha enseñado á los hombres el camino de la sabiduría*. En el Coran se trata de la gran Mujer María, hecha Madre de Jesus por la virtud de Dios, sin dejar de ser Virgen, así como de otras doctrinas tomadas del Evangelio. Los musulmanes honran á Jesucristo como á un profeta, y á su Santísima Madre como á una gran Reina del cielo y de la tierra, y cuando se ven en algun peligro recurren á su proteccion. Desde luégo se conoce que estos restos de las verdades cristianas, aunque mezclados con tantos errores, deben necesariamente ejercer una influencia benéfica en el espíritu y en el corazon de los musulmanes, y suavizar sus costumbres, á la manera del sol, que aunque descienda bajo el horizonte, continúa derramando su pálida luz crepuscular sobre la tierra, que lo ha perdido de vista. Por consiguiente, así como es imposible que el conocimiento, aunque alterado, del misterio del Verbo de Dios hecho Hombre no realce al hombre, de la misma manera es imposible que el culto y la invocacion de María, Madre de Jesucristo, no realce á la mujer y le concilie de parte del hombre alguna consideracion y respeto. Así, pues, donde quiera que la mujer no cristiana goza de la más pequeña ventaja en su posicion social, debe esta ventaja á la secreta influencia de las tradiciones de los misterios cristianos, á la accion dulce y omnipotente del Cristianismo.

(1) Esta es la costumbre observada tambien en la China y en el Japon, de hacer morir á todos los descendientes varones en línea colateral, de la raza Imperial. Viviendo Mahmoud, padre del Sultan actual, la hija á quien más amaba, sintiéndose encinta de resultas de su matrimonio, se envenenó para librarse del dolor de ver dar muerte al hijo que diera á luz. Se refiere que la sultana Saliaha, otra hermana de Abdoul-Medjid, casada con Ali-Pachá, habiendo visto estrangular por orden de su hermano al hijo que acababa de parir, se volvió loca y murió de desesperacion el año de 1843.

Así es como el misterio de la Encarnacion y el de la maternidad de María han contribuido á realzar la mujer.

§ XVI.—Tercer medio por el que ha mudado el Cristianismo la condicion de la mujer; el misterio de la union de Jesucristo con la Iglesia.—El matrimonio no es el tipo de esta union, sino que esta union es el tipo del matrimonio, de la dignidad y de la grandeza de la mujer.

El misterio de la Iglesia no ha contribuido ménos á la rehabilitacion de la mujer. San Pablo, en su Epístola á los de Efeso, se expresa de este modo: «Las mujeres deben estar sujetas á sus maridos como al señor, porque el hombre es la cabeza de la mujer, así como Jesucristo es la cabeza y el Salvador de la Iglesia, que es su cuerpo. Luego así como la Iglesia está sometida á Jesucristo, así las mujeres deben estar sometidas en todo á sus esposos. Maridos, amad á vuestras mujeres como Jesucristo amó á la Iglesia y se ofreció por ella para santificarla, purificándola con el agua, unida á la palabra de la vida, á fin de que apareciese ante Él gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa alguna desagradable; sino que fuese santa é inmaculada. Así, pues, los maridos deben amar á sus mujeres como á su propio cuerpo. El que ama á su mujer se ama á sí mismo, y ninguno aborreció jamas su carne, sino que la alimenta y la cuida; así es como Jesucristo obra respecto á su Iglesia, porque nosotros (que componemos la Iglesia) somos los miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto se dijo que el hombre dejará á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer y serán dos en una misma carne. *Este sacramento es grande*, digo, en Jesucristo y en la Iglesia. Cada uno de vosotros debe, pues, amar á su mujer como á sí mismo, y la mujer debe tener un temor reverencial á su esposo.» (*Ephes.*, v.) Este pasaje, á pesar de expresar la más grande sencillez y la mayor ternura, es magnifico y sublime, y digno del gran talento de San Pablo, el apóstol que mejor conoció los misterios de Jesucristo.

Ya sabemos que Dios formó la primera mujer, no de la cabeza del hombre, para que no se creyese superior al hombre; no de sus piés, para que el hombre no se creyese con derecho á despreciar á su mujer; sino de su costilla, para que supiese que la mujer es su compañera y su igual, formada de la misma carne, y que, por con-